

Permitidme que empiece desde la memoria...

Porque no es fácil hacer exaltación  
de aquello que no tiene sentido  
desde los ojos de la racionalidad  
y que solo puede entenderse  
desde lo más profundo de los sentimientos.

Eso se dijo aquí  
hace treinta años.

Aquel día,  
alguien se atrevió a hablar de lo que no se ve desde fuera.  
A prestar su voz a palabras que a veces no sabemos decir  
y sus sentimientos, a emociones que eran de todos.

Habló con humildad, con torpe oratoria,  
como él mismo reconoció.  
de lo que sucede bajo el paso de nuestro Padre Jesús de la Caída  
cuando suena el martillo y se escucha:  
“todos por igual”.

Habló de que el costalero no sabe explicar su vocación.  
De que cuando le preguntan  
“¿por qué eres costalero?”,  
no encuentra palabras exactas.

Porque hay momentos

en los que faltan argumentos, para explicar la fe.

Y entonces, solo queda el sentimiento.

Habló del corazón latiendo al compás del paso.

De que cuando las fuerzas flaquean,

y las lágrimas de dolor y de alegría, se confunden en la mejilla.

Y dijo algo que muchos de los que estáis aquí sabéis que es verdad:

que es en esa debilidad, cuando el costalero, se siente más cerca de Dios.

Habló de lo invisible,

De ese mundo que no se ve desde la acera.

Del lugar donde desaparecen las diferencias, se igualan los criterios,

y nace una amistad extraña, íntima y profunda.

Aquel fue el primer pregón de esta hermandad.

Y lo dio mi padre.

Han pasado treinta años.

Y hace ya diez que su voz dejó de escucharse aquí.

Pero no estoy hoy para hablar de él.

Estoy aquí, porque aquella noche, un hombre habló desde el corazón

sin saber, que estaba enseñando a un niño,

cómo se ama una hermandad.

Y ese niño...está hoy aquí.

Reverendo señor párroco de la parroquia de San Jose.

Representantes del Excelentísimo Ayuntamiento de Elche

Señor presidente y miembros del Consejo Rector de la Junta Mayor de Cofradías y Hermandades de la Semana Santa de Elche.

Querido hermano mayor, y Junta de Gobierno de Ilustre Hermandad y Cofradía de Nuestro Padre Jesús de la Caída y María Santísima del Rosario en sus Misterios Dolorosos.

Hermanos mayores y representantes de las diferentes Hermandades y Cofradías que hoy nos acompañan.

Hermanos y Hermanas.

Cofrades.

Amigos, amigas y familia.

Con la venia.

Antes de ser costalero...

antes de saber lo que pesaba un misterio,  
antes incluso de saber lo que era una hermandad,  
yo ya caminaba detrás de un paso.

No sabía lo que era una igualá.

No sabía lo que era una levantá.

No sabía explicar la fe.

Pero sabía que el martes santo  
en mi casa no eran un día cualquiera.

Yo no entendía lo que pasaba bajo el paso,  
pero entendía que aquello era importante.

Recuerdo caminar detrás del Cristo, intentando imitar lo que veía.

La postura.

El gesto serio.

La forma de andar.

Porque como todos los niños, no quería entender, quería, imitar.

Eso sí, puedo decir que no imitaba solo.

Porque a mi lado siempre iba otro niño, Pablo Latorre.

Porque cuando uno es niño, imitar es más fácil,  
si lo hace acompañado.

Íbamos vestidos de costaleros, sin costal,  
pero con nuestra faja y espardeñas,  
y con una ilusión que no cabía en el cuerpo.

A Pablo, yo siempre lo he considerado como un hermano.

Y la vida, que a veces escribe mejor que nosotros,  
ha decidido que además lo sea oficialmente.

Porque además de seguir siendo mi hermano, es mi cuñado.

Así que lo que empezó como cuadrilla de niños...  
acabó siendo comida familiar.

Aquel niño que caminaba a mi lado,  
es hoy quien ha tenido el honor de presentarme en este pregón.

Aunque, si soy sincero, el honor ha sido mío.

Gracias, Pablo.

Por seguir caminando a mi lado.

Y llegó el día.

El día en que aquellos niños dejaron de caminar detrás del paso  
y se metieron debajo.

Cuando cumplí la edad, entré por primera vez bajo el Cristo de la Caída.

Y ahí entendí que esto no era un juego.

Aprendí, a obedecer sin ver.

A confiar en quien va delante.

A caminar al ritmo de otros.

Aprendí, que debajo del paso no hay protagonistas.

Hay, hermanos.

Pero la vida no siempre camina recta.

Yo tenía diecinueve años, me rompí la rodilla.

Y cuando uno se rompe por fuera, empieza a descubrir lo que también estaba frágil por dentro.

Me aparté de la hermandad.

Unos dirán que fue por la lesión, y no les faltará razón.

Pero hay heridas, que no salen en las radiografías.

Hay ausencias, que pesan más que cualquier trabajadera.

Porque cuando quien te enseñó el camino, deja de caminar a tu lado, no siempre sabes seguir solo.

Pasó el tiempo.

Y un día volví.

Volví a la hermandad,  
volví a ponerme el costal,  
volví no porque ya no doliera,  
sino porque entendí, que había aprendido lo suficiente como para seguir.

Volví distinto.

Más consciente.

Más solo...

Y al mismo tiempo, más acompañado  
ya que lo hice junto con mi hermano pequeño.

Y entonces pasó algo bonito.

Dejé de ser Española, para ser España.

Y mi hermano, cogió el testigo de Española.

Porque la vida, igual que la hermandad,  
también va de eso.

De coger el relevo, de caminar juntos y de seguir llevando un nombre  
con orgullo.

Porque a veces, no vuelves cuando todo está bien.

Vuelves, cuando estás preparado.

Eso sí, cuando volví, intenté recuperar mi antigüedad.

Y no lo intenté poco.

Pregunté.

Rebusqué en los estatutos.

Busqué resquicios legales, incluso donde no los había.

Llegué a mirar si había pagos antiguos

O incluso si tenía alguna servilleta de bar con una cuota apuntada en boli, que eso  
también tenía que contar como año cotizado.

Pero no hubo manera.

Así que aprendí otra lección importante,

en esta hermandad se puede volver,  
se vuelve limpio, sin trampas y empezando desde cero.

Eso sí...

Que me perdonen los que tienen más antigüedad que yo,  
pero yo sigo diciendo y sintiendo que soy del año 92.

Porque hay cosas, que no te quita nadie:  
ni los estatutos, ni los libros, ni aunque empieces otra vez.

Y con los años entendí algo más.

Que no todo lo que se aprende bajo un peso tiene que ver con la fuerza.

Hay lecciones, que no se enseñan con el peso,  
se enseñan con la ausencia.

Y hubo un momento, en que empecé a mirar al Cristo de otra manera.

Ya no como el niño que imitaba, ni como el costalero que cargaba.

Sino como el hijo que necesitaba respuestas.

Padre de la Caída...

Tú has sido siempre mi referencia.

Desde niño te miraba buscando firmeza.

Buscando esa serenidad, que parece decir que todo está en su sitio.

Contigo aprendí a confiar.

A caminar, aunque no entendiera todo.

A creer que lo que parece fuerte, permanece.

Bajo tu paso sentía seguridad.

Sentía que mientras estuviera ahí, la vida tenía un orden.

Que detrás de ti, no había miedo.

Y quizá por eso, también miraba así a mi padre.

Con la misma fe.

Con la misma certeza de que siempre estaría delante.

En mi casa, se vivía la hermandad gracias a él.

Se hablaba de ti, se esperaba tu salida.

Se soñaba con cada martes santo.

Yo creí en ti.

Y creí en él.

Pero un día dejó de estar.

Sin conversación.

Sin explicación.

Sin despedida.

Y entendí que incluso aquello que uno siente como seguro,  
puede desaparecer.

Y tiempo después, también dejé de estar bajo tu trabajadera.

No por decisión.

Por igualá.

Por medida.

Por sitio.

Y aunque era distinto, el sentimiento se parecía.

Dejar de estar donde siempre habías estado remueve más de lo que parece.

Y fue entonces cuando entendí algo.

Que la vida, igual que una igualá.

Muchas veces iguala por abajo.

Pero cuando la vida iguala por abajo, no siempre te deja solo.

A veces, te mueve hacia un manto.

Madre del Rosario.

Yo no llegué a ti buscando cambio.

Llegué porque tocaba, porque el sitio era otro.

Al principio pensé que estaba perdiendo algo.

Pero contigo descubrí algo distinto.

Descubrí lo que significa que alguien no se mueva.

Que alguien, permanezca.

Que alguien esté sin hacer ruido.

Si con Él aprendí a creer, contigo aprendí, a entender.

Porque las madres no impresionan.

Las madres sostienen.

Las madres no hacen discursos.

Las madres se quedan.

Y a veces uno tarda años en darse cuenta de lo que significa eso.

Mi madre se quedó.

Cuando la vida igualó por abajo.

Cuando hubo silencio.

Cuando hubo peso.

Se quedó.

Sin preguntas, sin reproches.

Sin irse.

Y hoy entiendo algo que quizá no supe ver a tiempo.

Que la fuerza puede admirarse, pero la permanencia,  
se agradece.

Y si hoy camino bajo tu manto, es porque he aprendido, que el amor que permanece  
vale más que cualquier sombra que se va.

Y estoy seguro, de que muchos de los que estáis aquí sabéis exactamente de qué  
estoy hablando.

Porque si hoy estás aquí, es porque hubo una madre que no se movió  
cuando la vida igualó por abajo.

Quizá no siempre se lo decimos.

Quizá no siempre abrazamos lo suficiente.

Quizá dejamos ese “te quiero” para mañana.

Os invito a pensar un momento en vuestra madre.

Pensad si alguna vez os soltó la mano.

Las madres no se igualan.

Las madres... se quedan.

Virgen del Rosario, Mamá...Te Quiero.

Quizá por eso...

Mi historia en la hermandad, siempre ha tenido forma de padre.

Tuve un padre en mi vida.

Y se fue.

Tuve un Padre bajo las trabajaderas.

Y también dejé de estar bajo Él.

Y cuando uno cree, que ya ha aprendido suficiente sobre ausencias...

La vida me arrebató otro padre.

Uno que compartía con muchos de vosotros.

Tomás.

Tomás era de los que estaban siempre.

De los que pasan más horas en la hermandad que en su propia casa.

Siempre había algo que preparar.

Siempre había algo que arreglar.

Siempre había algo que mirar.

Y allí estaba él.

Sin hacer ruido.

Sin buscar protagonismo.

Simplemente...estando.

Cuando se acercaba el Martes Santo.

Tomás no miraba el reloj.

Miraba al cielo.

Y si aparecía una nube...

¿qué os voy a contar.

Porque el Martes Santo para él no era solo un día.

Era su día, era el día de su hermandad.

Y también era el día en que en Elche retumbaba el tambor al son de la Caída.

Ese sonido que a muchos nos pone la piel de gallina...

Y que a Tomás le encendía la mirada.

Hoy estoy seguro de que me estará escuchando.

Estará mirando a su hermandad.

Estará mirando a su gente.

Estará mirando al Cristo.

Estará mirando a la Virgen.

Y estará escuchando a sus tambores.

Estoy seguro de que estará sonriendo...

Allí...**Donde estea.**

Gracias, Tomás, por habernos enseñado a ser hermandad.

Y quizá la mejor forma de honrar a quienes nos enseñaron a ser hermandad no es recordarlos con palabras, es seguir caminando como ellos nos enseñaron.

Porque esta hermandad no es solo una procesión.

Es el nazareno que camina en silencio sabiendo que su fe no necesita aplauso.

Es el alet que ordena sin que nadie repare en él.

Es la cuadrilla que aprieta los dientes cuando el peso se clava.

Es el tambor que rompe febrero para recordarnos que el Martes Santo ya está llamando a la puerta.

Da igual si vas debajo, delante o detrás.

Ese día no hay diferencias.

Ese día no hay nombres.

Ese día... somos hermanos.

Hoy, aquel niño que un día empezó a caminar detrás del paso sigue aquí.

Sigue sin tener todas las respuestas.

Sigue sin entenderlo todo.

Pero sigue creyendo.

Sigue emocionándose cuando escucha un tambor.

Sigue sintiendo un nudo cuando se abre la puerta.

Porque al final...eso es una hermandad.

Un sitio donde uno aprende a caer.

A levantarse.

A quedarse.

Un sitio donde el hijo se hace hombre y el hombre vuelve a ser niño

cada Martes Santo.

Hoy no habla un pregonero.

Habla aquel niño, que quiso imitar y terminó comprendiendo.

Y si algo he aprendido en este camino es que no siempre gana el que más puede...

Gana el que permanece.

Padre de la Caída,

Enséñanos a creer.

Madre del Rosario,

Enséñanos a quedarnos.

A esta hermandad...

Gracias por ser casa cuando la vida aprieta.

A la Junta de Gobierno...

gracias por confiar en mí para poner voz esta noche a los sentimientos.

A mi familia...

gracias por caminar siempre a mi lado, incluso cuando el camino no ha sido fácil.

Y como se dice abajo,

cuando el martillo manda

y todo está en su sitio...

A golpe de martillo...

Pararse ahí.

Ahí Queó.